

PICASSOS EN EL DESVAN

El cuento como esencialidad

Santos Alonso

«Picassos en el desván» es el sexto libro de cuentos de este escritor que se inició como poeta -aún está por revisarse su contribución a la poesía del medio siglo, en cuya nómina generacional no están, por mucho que se diga y escriba, los que son- y prosiguió, sobre todo en la década de 1970, alternando la novela y el cuento con títulos como «País de los Losadas» (1978), una de las novelas más significativas de la transición española. Con el tiempo, sin embargo, Pereira ha ido especializándose en la narrativa breve y su nombre se ha colocado con justicia entre los autores importantes del género en lengua española. Entre sus libros de cuentos es obligado destacar «El ingeniero Balboa y otras historias civiles», por su original concepción del cuento como forma literaria dotada de libertad e intensidad, y «El síndrome de Estocolmo», su anterior colección de relatos, que le valió el Premio Fastenrath de la Real Academia en 1989, sin olvidar, por su ingenio y humor, y por su trabajo en la sugestión, en la sugerencia, «Los brazos de la i griega», del que escribimos en su día en las páginas de RESEÑA (1982).

La evolución de Pereira como cuentista es, creemos, muy clara. Conservando una inalterable visión de la realidad, centrada en la expresión de un tenue, delgadísimo erotismo, y de un mundo íntimo o civil de los personajes, el escritor ha progresado al paso de los años hasta una sorprendente esencialidad formal y discursiva. Su inclinación a despertar el poder mágico de la sugerencia, dejando sin consumir las situaciones o las peripecias y sentimientos de los personajes, no sólo terminales, sino también intermedios, y a elaborar las historias con minuciosidad casi maniática, humor e ironía, ha conducido su escritura a una estilización extremada y a una sutileza difícilmente superable.

«Picassos en el desván» lo confirma. Sin renunciar al cuento largo, de dimensiones armónicas con la tradición del género, Antonio Pereira ha optado en varios casos por textos brevísimos en los que el chispazo de la sorpresa produce un choque más intenso. Desde «El ingeniero Balboa», que se componía de cuatro

cuentos extensos, hasta hoy, el propósito de reducción ha ido cumpliendo un proceso depurativo en las anécdotas, en los personajes y en la extensión. Cuentos como los titulados «El escalatorres», «Lenta es la luz del amanecer en los aeropuertos prohibidos», «La violinista», «La esquila», «The End» o el que da título al libro ocupan menos de una página y le dejan al lector, no sólo la impresión de «lo bueno, si breve, dos veces bueno», que diría Gracián, sino también los horizontes abiertos para enriquecer las connotaciones y posibilidades de la fantasía. Pereira trabaja más en estos cuentos el ingenio, la sutileza y la sugerencia que la anécdota. En unos será suficiente el momento, el instante, para formar en torno a él un mundo de sensaciones entrevistas que ha de suplir el lector, como sucede en «La violinista»; en otros se deja abierta la incógnita, una puerta de misterio y desconocido desarrollo, como ocurre en «Lenta es la luz del amanecer...»; en otros el fogonazo favorece la sorpresa final, como en «El escalatorres»; y en otros funciona el ingenio de la asociación de ideas o nostalgias, como en «The End».

Este escritor sigue siendo un maestro en el pulso narrativo, en la escritura precisa y contenida. Las frases surgen con la naturalidad de la elegancia armónica y pulida y en ellas hay siempre un velo de sugerencia para las deducciones lógicas y las progresiones argumentales. Esto se percibe, como siempre, en el agudo tratamiento del erotismo, del detalle insignificante o del instante imborrable que se abre sin obstáculos a otras perspectivas ricas en matices y sensaciones. Los ejemplos son constantes. El primer cuento del libro, «Así empezó Lourido», ofrece el juego difuso de una tela vaporosa y el elástico de un sostén sobre una espalda femenina; «Dalmira y los monjes» deja abierto un resquicio a la interpretación erótica que explique el éxito de ventas de una representante del licor de Samos; «La espalda de Elisa» necesita de la colaboración del lector para completar la historia; «El patronato» descansa en una frase final de posibilidades eróticas abiertas, al igual que «Para caballeros solventes»; «El Virimán», en fin, aun siendo el más explícito, permite volar a través de las fantasías del personaje.

El humor, el otro recurso esencial de Pereira, se manifiesta sin trabas en cuentos como «El tendadero», en el que las casualidades provocan un desenlace imprevisto, y «La nostalgia», que funciona como parodia de situaciones políticas anteriores. No son los únicos, a ellos podríamos añadir «La aventura» y «El desafío». En cualquier caso, el conjunto demuestra que la escritura de Pereira sigue estando viva, pues conserva lo peculiar al avanzar en el camino de la propia renovación formal y en la indagación de las posibilidades del género, que son muchas. Y a las pruebas me remito.